

EL NIÑO Y EL CABALLO



Lucía Hernández Andrés - 6ºA

Érase una vez un niño llamado Juan, tenía ocho años y vivía con sus padres en un pueblo muy pequeño llamado San Mamed, de Zamora.

Juan no tenía hermanos pero vivía muy feliz con sus padres. Sus padres eran muy pobres y vivían de un poco de agricultura y ganadería que tenían, no necesitaban más para ser felices. Juan le ayudaba a sus padres a las tareas cuando acababa el colegio y los fines de semana.

Los padres, entre los animales que tenían, el que más destacaba era un caballo que querían mucho y que también utilizaban para los labores del campo. El caballo se llamaba Veloz era grande, castaño, tenía la crin negra y su cola era larga y negra, era muy noble.



Juan siempre que podía estaba con Veloz, lo cuidaba, lo lababa, lo peinaba, le daba de comer, se subía y salía a pasear con él..., lo quería muchísimo.

Un año la cosecha fue muy mala y con todo lo que recogieron no tuvieron suficiente para poder vivir todo el año. No sabían qué hacer, y pensando pensando, al final decidieron que la única solución era vender a Veloz; esta decisión le dolía muchísimo, pero al cabo de unos días lo tuvieron que vender.

Ese día que vendieron a Veloz, lo peor fue, cuando Juan llegó a su casa y no lo encontró en la cuadra. Juan cuando se enteró de lo que había pasado con Veloz, no tenía consuelo, no entendía por qué lo habían vendido; sus padres se lo explicaron y al final Juan lo comprendió.



Juan se prometió a sí mismo que un día lo recuperaría. Para ello estudió muy duro hasta conseguir una carrera y un buen trabajo.

Al cabo de los años Juan trabajó mucho para poder ahorrar dinero y poder cumplir su promesa.

Por fin, llegó el día de poder recuperar a Veloz, ¡ya tenía el dinero! Comenzó a buscarlo y no paró hasta que un día lo encontró.

Cuando lo encontró habló con los nuevos dueños de Veloz y les contó su historia; a los dueños les emocionó la historia y no dudaron ni un momento en volverle a venderle a Veloz.

Juan muy contento cogió rápidamente a Veloz y lo primero que hizo fue ir a la granja de sus padres y darle la sorpresa.

Sus padres cuando lo vieron no se lo podían creer, se emocionaron, lloraron de alegría, saltaron y le dieron besos y abrazos a Juan por haber cumplido su promesa.

Veloz, vivió tranquilo en la granja junto a sus dueños hasta el final de sus días; y Juan iba a verlo cada vez que podía.

